

# El Hundimiento

Diego Iván Pérez Coronado

Todo comenzó con una nota en el periódico: «Mujer cae veinte metros al hundirse el suelo de su cocina». Guillermo Chávez, supo desde ese instante que nunca más podría estar salvo.

Desde muy pequeño siempre tuvo pequeñas obsesiones y fobias menores, que sólo habrían de incrementarse con el paso del tiempo. El miedo a la oscuridad no se generaba por imaginar monstruos o demonios detrás de muebles, al contrario, él sabía que eso no le haría daño, pero la simple sensación de perderse en la oscuridad, en la nada, era lo que realmente le aterraba. Su vida había sido funcional hasta el día en que leyó esa nota en su periódico. ¿Cómo podría sentirse seguro con esa posibilidad que el asfalto pudiera hundirse en cualquier momento?

Inmediatamente brincó de la silla y se subió a su comedor. Se dijo a sí mismo «tranquilo, tranquilo» y permaneció inmóvil durante un día completo buscando como poder recobrar su vida.

Tomando un largo suspiro brincó hacia la silla, y luego a otra, para así hacerse camino por su casa. Utilizaba cualquier mueble que pudiera servirle de altura entre el suelo y él para poder tener por lo menos algún segundo de ventaja y escapar en caso que el suelo comenzara a hundirse.

Llegó al teléfono para advertir a sus pocos amigos y a prevenir cualquier catástrofe. Pero al sólo encontrar respuestas que a su parecer eran irresponsables y que provenían de un loco, optó por mandar todo al diablo y dejar que ellos se perdieran en los grandes abismos que debían originarse en cualquier momento.

Como pudo, salió de la casa y brincó a un árbol cercano, pues sabía que su azotea no sería terreno lo suficientemente alto como para darle seguridad. Decidió ir a la iglesia principal, el edificio más alto de la ciudad, ya que eso era lo único que podía hacer.

Detuvo al primer taxi que pasaba por ahí y le explicó todo desde el árbol. El taxista, pensando que todo era una broma estaba dispuesto a seguir su camino, pero cuando se le hizo la promesa de pagarle el triple del viaje, no pudo decirle que no. Echando el taxi en reversa y

colocándose al lado del árbol, dejó que Guillermo diera un brinco al techo del vehículo.

Agarrado de las puertas del taxi, Guillermo era conducido por las calles y avenidas ante el asombro de las personas que veían a un hombre en el techo de un taxi.

Cuando llegaron a la iglesia, se las ingenió para brincar del vehículo a las rejas y de ellas a los grandes ventanales, haciéndose camino hasta la gran cruz del frente del edificio. Una vez allá, sujetado como Jesucristo en crucifixión, gritó para advertir a las personas sobre los horrores del abismo subterráneo, de la oscuridad de la nada y la angustia de dejarse ir y de dar el suelo de la tierra como terreno seguro. Despotricando contra la terquedad de la gente en no creer en su palabra, inmediatamente llamó la atención de ministros, monaguillos, sacerdotes y el miles de feligreses.

Le gritaban en coro «Te creemos Hermano», «Danos tu palabra», y muchas frases que contenían palabras como «salvación» o «fe». Emocionado por fin de que su mensaje fuera escuchado, invitó a todos a unirse a él en el techo de la iglesia, de las casas, de cualquier parte que ofreciera terreno seguro contra los abismos. Les decía «Ustedes los de abajo, ¡Suban! ¡Suban!, los de allá abajo tienen que salvarse y ser salvados». Así fue como en poco tiempo miles y miles de personas en la ciudad y el mundo (pues su mensaje tuvo atención de los medios internacionales) tomaron su palabra y subieron a todas partes y elevaron los brazos al cielo implorando para no sufrir «la gran caída» de la que hablaba el Hermano Guillermo. Y fue por esta misma razón que los padres y miembros eclesiásticos tomaron la decisión de hacerlo un santo y de permitirle una vivienda en un barco que estaría viajando por todo el mundo.

Solamente en el barco fue donde por fin Guillermo se sintió a salvo, pues ya no habría forma que el suelo se pudiera hundir, pues navegaba sobre agua. Lamentablemente lo que nadie pudo prevenir fue que el gran hundimiento y la gran caída no sería en el suelo, sino en el desastre que terminó por hundir y ahogar a Guillermo, el santo de los de abajo. 🗿